

Fray Manuel de Tuya O.P.

EL HIJO DEL HOMBRE ES AUTOR DE LA SALUD 3,14-15

Pero en esta revelación que Cristo está haciendo, no sólo se presenta El como objeto de fe, sino también de vida. Y precisamente esta vida la presenta fluyendo de su misma muerte redentora.

La enseñanza se hace con la referencia a la escena de la serpiente de bronce en el desierto. A la protesta de los hijos de Israel en el desierto de Farán, Dios envía contra ellos serpientes venenosas cuyas mordeduras eran cáusticas y febriles y causadoras de muerte. Reconociendo el pueblo su pecado, pide perdón. Y Yahvé ordena a Moisés hacer una serpiente de bronce y ponerla bien a la vista, sobre un asta. Y todos cuantos, habiendo sido mordidos, la mirasen, sanarían (Núm 21,5-9).

Pero ya el autor del libro de la Sabiduría comentaba: «El que se volvía a mirarla no era curado por lo que veía, sino por ti, Salvador (Yahvé) de todos» (Sab 16,7). Por eso, el mismo autor llama a aquella serpiente de bronce «símbolo de salvación» (Sab 16,6).

Aquella imagen era una ordenación «típica» hecha por Dios, en el A.T., de la plena realidad de Cristo en la cruz.

Si la evocación «típica» de la escena mosaica en el desierto se hace ahora, lo es para recordar el pasaje y contrastar la superioridad de la obra de Cristo, verdadero Liberador y Redentor, sobre el primer liberador, Moisés (Jn 1,17; 5,45). Es un intento «tipológico» del evangelio de Jn, bien conocido.

El pecado fue introducido por la seducción de la gran serpiente (Gén 3,Iss), que es el diablo (Jn 8,44). Los hombres se encuentran «mordidos» por la Serpiente—pecado original—, y están condenados a la muerte. Pero Dios dispone el plan salvador de ellos. Análogamente a la serpiente de bronce, levantada en alto, así «es preciso que el Hijo del hombre sea elevado».

El verbo que se usa, «elevar» (hypsothénai), se emplea por Jn, sea para significar la «elevación» a la cruz, sea para expresar la «glorificación» de Cristo (Jn 8,28; 12,32.34). Pero, en Jn, la muerte de Cristo, su «elevación» a la cruz, es un paso para su «glorificación»: glorificación en la manifestación de su resurrección, de su ascensión, de su divinidad.

Por eso, esta «elevación» de Cristo queda redactada en forma elíptica, seguramente, por el evangelista para dejar la sugerencia amplia de la necesidad de «ver» a Cristo «elevado», que es «verle» como Hijo de Dios. El mismo dijo: «Cuando levantéis (vosotros) al Hijo del hombre (en la cruz), entonces conoceréis que soy yo» (Jn 8,28), por la gloria de su resurrección, el Mesías-Hijo de Dios. Es decir, por la «elevación» de El a la cruz conocerán la «elevación» de El donde estaba antes «de la creación del mundo» (Jn 17,24), que es de donde El «bajó» (Jn 3,13), del «seno del Padre» (Jn 1,18).

Dados los prejuicios judíos sobre el Mesías, nacional y político, no es improbable que en la expresión «así conviene que sea levantado el Hijo del hombre», existe cierto énfasis, para indicar con ello que éste es el verdadero trono de gloria del Mesías.

Es, por tanto, a Cristo, así «elevado» en la cruz, cómo es necesario «verle» y «creer» en El, para tener la «vida eterna». Para Jn, «ver» y «creer» son sinónimos (Jn 6,40). A la «visión» de la serpiente de bronce corresponde aquí otro modo de visión, que es la «fe» en El. Sólo esta fe en ver a Cristo elevado en la cruz y muerto como Mesías e Hijo de Dios da la «vida eterna». Es éste un misterio esencial.

La lectura de una parte de este pasaje es, críticamente, discutida, Tiene dos formas en los códices:

a) «El que cree tenga en El vida eterna».

b) «El que cree en El tenga vida eterna».

La valoración crítica es muy discutida. Es bastante frecuente admitir la primera. Fundamentalmente, el pensamiento no cambia.

Naturalmente, esta fe que se exige no exime las obras. Si la expresión tiene aquí sentido afirmativo, no lo tiene exclusivo. No puede ponerse nunca a Cristo en contradicción consigo mismo, ni tampoco al evangelista, el cual dice en el v.21 de este mismo capítulo que «el que obra la verdad viene a la luz», pues esas obras «están hechas en Dios».

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, pág. 1036-1037)